

MÁS SOBRE EL "CANT ESPIRITUAL"
DE MARAGALL

JOSÉ M.^a VALVERDE PACHECO
Catedrático de Estética, Universidad de Barcelona

Analizar y rastrear hasta sus orígenes los conceptos hallados en un poema es tarea tan grata cuanto útil, con tal que se tenga en cuenta la peculiar personalización, e incluso, la ambigüedad de todo concepto que vive dentro de un contexto poético. Pocas piezas hay tan sugestivas en este aspecto — y en cualquier otro — como el *Cant Espiritual* de MARAGALL. Aquí querríamos contribuir con alguna leve observación a su análisis, ofreciendo un par de escolios al reciente y decisivo trabajo de Eduard VALENTÍ *La gènesi del Cant Espiritual de Maragall* ("Boletín de la R. A. E. de Buenas Letras de Barcelona", XXIX, 1961-62).

El tema del *Cant* es — recordémoslo — el deseo de no perder la belleza de este mundo, ni aun al hallar, después de la muerte, la eternidad de la bienaventuranza con Dios. Este tema se presenta casi dramáticamente en tres "actos" — VALENTÍ señala con gran rigor filológico la contraposición del arranque inicial respecto a la "reacción" posterior —: primero, la petición vehemente a Dios de que no prive al poeta de la belleza de este mundo — hay una hermosa mañana mediterránea, con cielos, mar y montañas —: después, como asustado de su propia audacia, el poeta pasa a una suerte de alegato justificatorio con argumentos: por fin, se remite a la eternidad, al "nacimiento mayor", donde podrá abrir otros "ojos mayores", que no pierdan, sino que trasciendan la costumbre de ver. En cierto momento — versos 12 al 15 — el poeta complica la línea de su expresión, hasta entonces tan directa, con una frase que probablemente no entendería un lector desprovisto de referencias histórico-culturales:

*Aquell que a cap moment li digué "Atura't"
sinó al mateix que li dugué la mort,
jo no l'entenc, Senyor...*

Se trata, como es sabido, de una referencia al *Fausto* de GOETHE, una de las lecturas más importantes para MARAGALL: la referencia, tal como la veía el poeta, la da VALENTÍ citando un artículo suyo de diez años antes: "... Baste recordar que el héroe goethiano, después de haberse sumergido en lo más hondo de la vida, sólo se satisface en el sueño de una humanidad fuerte, libre y serena: y que este sueño coincide con el instante de su muerte, cuando el cielo parece bajar a la tierra para arrancar a Faust de las uñas del diablo". El triunfo del demonio tendría lugar cuando Fausto, saciado ya en su inquieta avidez, dijera al instante presente: "¡Detente, eres tan bello!". Esto ocurre, cuando, tras los avatares del *Fausto II*, Fausto se dedica a las "obras públicas": entonces — seguimos las palabras de VALENTÍ —, después de quedar ciego, "sent com els obrers es posen a la feina; enlluernat com està, no veu que el que fan és obrir-li la fossa. Amb els

ulls de l'esperit veu acabada la seva obra, i pensant en ella i en els beneficis que la humanitat en treurà, sent per primera vegada aquella plenitud que debades havia cercat. Aquest és el moment que vol deturar, i, oblidat del pacte, pronuncia els mots fatals:

Verweile doch, du bist so schön!

I cau, fulminat, a la fossa que els obrers li havien obert". Y enjuicia VALENTÍ: "Faust no digué, doncs, *atura't* al moment que li portava la mort; sinó que per haver-ho dit al primer moment de plenitud sentit en tota la seva vida, morí; i morí en virtut d'una imprecació anterior. Diríem, doncs, que Maragall ha incorregut en una certa imprecisió".

Sin embargo, puestos a apretar los tornillos del rigor conceptual, quizá deberíamos empezar por hacerlo así con el propio GOETHE. Mefistófeles había establecido con Fausto un acuerdo que, a pesar del *atrezzo* tradicional —firmar con sangre, etc.—, no pasa de ser una mera apuesta (*Wette*): en el momento en que Fausto se dé por satisfecho y diga "basta" al instante, deberá entregar su alma. Però lo sorprendente es que Fausto no pronuncia esas palabras sintiéndose *ya* satisfecho, sino que, al imaginar una futura situación feliz de la humanidad (al menos, en la parcela saneada por sus trabajos), prevé que *entonces* podrá decir "¡Detente!" al instante. Me permito citar este pasaje por mi propia traducción ("Clásicos Planeta", 1963):

¡Querría poder ver ese afanarse,
estar con gente libre en suelo libre!
Querría yo decir a ese momento:
¡Detente, eres tan bello!
La huella de mis días terrenales
no puede disiparse eternamente...
Presintiendo una dicha tan excelsa,
el instante supremo ahora gozo.
(Fausto se desploma hacia atrás, etc.)

Que con esto se dé por ganada la apuesta a favor del diablo, tiene que parecernos, mirándolo con frialdad, una verdadera "trampa". Es como esos juegos de niños en que pierde el que diga, aun involuntariamente, una palabra determinada. No está tal ligereza en armonía con el "alto esfuerzo" de Fausto, como tampoco lo está el que poco después los ángeles, por rescatar su alma, organicen aquella batalla con los demonios, de tan lamentable humorismo.

La "imprecisión", pues, que VALENTÍ señala en ese pasaje maragalliano, viene de la misma fuente goethiana. No es extraño que la referencia resulte, dentro del poema, una incrustación casi contraproducente. MARAGALL va a decir, poco más o menos, algo como: "No comprendo cómo hay alguien que nunca desee detener un momento hermoso", y en esto surge, un tanto impreciso e inoportuno, el recuerdo de Fausto, para quien tal deseo significaría entregarse en poder del demonio. El poeta MARAGALL no resiste entonces al Gran Seductor —me refiero a GOETHE, claro está, no a

Fausto—, y le cita literalmente: *Atura't!* Pero el verso siguiente nos desconcierta; *fins al moment que li dugué la mort*. ¿Habla MARAGALL precisamente de Fausto? Para un lector que no haya leído la obra de GOETHE, parecería que ese decir "¡Detente!" fuera una reacción al ver que llega la muerte, en vez de ser el fatal "¡Abrete, sésamo" que la acarrea consigo. Además, tal sentido extra-faústico estaría más de acuerdo con la lógica interna del poema, porque vendría a querer decir: "No comprendo cómo hay alguien que nunca desee detener un momento hermoso hasta que ve que el momento presente va a ser el último". Yo me atrevo a opinar que ése era el sentido dominante en el ámbito de MARAGALL, y que el verso en cuestión *fins al moment...*, arrastrado por la gravitación goethiana, viene a ser el equivalente poético de una nota bibliográfica en pie de página o de una alusión reticente a modo de "como decía el otro", para usar la fórmula castiza.

Por otra parte, el tránsito desde *Fausto* al *Cant espiritual* resulta muy difícil: lo característico de Fausto es el descontento, soberbio e irónico, respecto a todo lo que pueda ofrecer el mundo concreto de la vida humana, mientras que el tema del *Cant*, por el contrario, es el entusiasmo por la hermosura del mundo sensible, hasta el punto de reclamar a Dios su conservación eterna. Pero esto nos lleva a pasar al otro escolio que queríamos ofrecer al margen del trabajo de VALENTÍ.

VALENTÍ ve agudamente un movimiento de retracción en dos tiempos a lo largo del *Cant*, como si el poeta hubiera recogido velas, asustado de pensar que se salía de la ortodoxia. Pero ¿qué ortodoxia? VALENTÍ dice: "La concepció que, sobre el que sigui la recta doctrina en matèria de religió, era vigent en la societat a la qual Maragall pertanyia, i en la qual entraven, tant les persones investides d'autoritat en punts de dogma, com el comú dels fidels, sempre que aquests fidels tinguessin una opinió capaç d'exercir una certa coacció socialment eficaç". No es lo mismo, en efecto, la fe cristiana que la imagen de ella imperante en ciertos ambientes y ciertas épocas—sobre todo, a efectos de coerción—, y lo que pudo escandalizar en el *Cant* tal vez fuera su íntima fidelidad al Cristianismo (aunque no haya de ser leído sólo y necesariamente "en cristiano"). Es de sobra sabido que el Cristianismo, desde su misma época inicial, ha hallado su máximo perturbador en el espiritualismo—gnóstico, platónico, neoplatónico, etc.—, que, además de producir toda clase de herejías, ha llegado a teñir la mentalidad y la educación de muchos cristianos, hasta hacerles olvidar el valor de lo sensible y lo concreto, o incluso escandalizarse ante ello, como algo "materialista". En realidad, si se piensa que el Cristianismo tiene su núcleo en creer que Dios se ha hecho carne en un hombre, y que nos garantiza la inmortalidad de nuestro cuerpo—"ese dogma que tiene tan mala Prensa", como decía Eugenio d'ORS—, dándonos a comer, con el sacrificio eucarístico, la carne y sangre del Hombre-Dios, presentes a partir de la transustanciación del pan y el vino (y con el acompañamiento de doctrinas tales como la Ascensión de Jesucristo y la Asunción de su madre María), etc., etc., resulta paradójico ese progresivo escamoteo de lo sensible en la conciencia cristiana. Todavía san AGUSTÍN hablaba, por

ejemplo, de los "ritmos" de los cuerpos resucitados, y santo TOMÁS no olvida dejar un sitio en su teología a esta perspectiva decisiva de la vida cristiana, pero ya desde antes del Renacimiento—a pesar del franciscanismo—el cristiano empieza a volverse de espaldas al mundo, confundiendo el "mundo" como presencia del universo y concreción nuestra, y el "mundo" en el sentido joánico, de enredos de la malicia humana. En nuestra época, se observa una suerte de "retorno a los orígenes" (a modo de síntesis reciente de la cuestión, podríamos elegir el trabajo *Caro Cardio Salutis*, resumido en "Selecciones de Teología", n.º 9). Pero no sólo se presta atención a nuestra propia índole "encarnada", sino que hasta se habla de una teología del trabajo y del cosmos—TEILHARD...—, trayendo a consideración textos como *Romanos*, 8, 18 y sig., además de ver en los pasajes evangélicos sobre el fin del mundo más allá de su sentido de cataclismo, otro sentido mejor de transfiguración.

Con todo, mi intención, aquí, era señalar que el afán de MARAGALL en el *Cant espiritual* resulta paralelo al de su amigo UNAMUNO, que, aunque heterodoxo respecto al Catolicismo en algunos puntos y libros, resulta ávidamente ortodoxo en otros—pensemos en *El Cristo de Velázquez* y en casi toda su poesía—. Poco antes de que MARAGALL escribiera su *Cant*, UNAMUNO había publicado, en su libro *Poesías*, la *Elegía a la muerte de un perro*, donde hallamos un sentir análogo:

... ¿No hay otro mundo
 en que revivas tú, mi pobre bestia,
 y encima de los cielos
 te pasees brincando al lado mío?
 ¡El otro mundo!
 ¡Otro... otro y no éste!
 Un mundo sin el perro,
 sin las montañas blandas,
 sin los serenos ríos,
 a que flanquean los serenos árboles,
 sin pájaros ni flores,
 sin perros, sin caballos,
 sin bueyes que aran...
 ¡el otro mundo!
 ¡Mundo de los espíritus!
 Pero allí ¿no tendremos
 en torno de nuestra alma
 las almas de las cosas de que vive
 el alma de los campos,
 las almas de las rocas,
 las almas de los árboles y ríos,
 las de las bestias?...

Pero interesaría aún más considerar un soneto de su *Rosario de sonetos líricos*, quizá coetáneo del *Cant*, y donde expresa con toda precisión lo que MARAGALL presentaba en términos de clamor anheloso. Es el soneto *Mi cielo*:

Días de ayer que en procesión de olvido
 lleváis a las estrellas mi tesoro,
 ¿no formaréis en el celeste coro
 que ha de cantar sobre mi eterno nido?
 ¡Oh Señor de la vida!, no te pido
 sino que ese pasado por que lloro,
 al cabo en rolde a mí vuelto sonoro,
 me dé el consuelo de mi bien perdido.
 Es revivir lo que viví mi anhelo,
 y no vivir de nuevo nueva vida;
 hacia un eterno ayer haz que mi vuelo
 emprenda sin llegar a la partida,
 porque, Señor, no tienes otro cielo
 que de mi dicha llene la medida.

A primera vista, la "ortodoxia", en el sentido a que alude VALENTÍ, puede sentirse escandalizada ante estos versos: pero mirando más despacio, y a la luz de su acento de oración, el sentido aparentemente rehusatorio de los dos últimos versos se concreta como una petición legítima: Si la contemplación beatífica, para el cristiano, ha de entenderse desde nuestra personalidad singular, ¿no han de estar grabados en nuestra fisonomía los recuerdos y la experiencia entera de la vida individual? ¿Qué somos, uno por uno, sino lo que hemos vivido, cada cual por su lado? Entonces, la vida en Dios, ¿no sería, en cierto modo, revivirnos, pero ya sin urgencia ni dolor ni limitaciones?

MARAGALL, más cristianamente de lo que quizás él mismo suponía, expresó este deseo que también proclama UNAMUNO, y que es hoy motivo dominante en la conciencia cristiana.